

A veces

el

lugar

más

seguro

para

estar

es

BAJO EL AGUA

A person is shown swimming underwater, viewed from below. Their arms are raised, and their head is tilted back. The water is a deep blue-green color, and there are many small bubbles and light reflections around the person, creating a dynamic and ethereal effect. The person's hair is floating in the water. The overall mood is one of freedom and tranquility.

Índice de contenido

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Agradecimientos

Bajo el agua

Marisa Reichardt

Bajo el agua

Reichardt, Marisa

Bajo el agua / Marisa Reichardt. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Del Nuevo Extremo, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción: Martín Felipe Castagnet

ISBN 978-987-609-704-8

1. Narrativa Infantil y Juvenil Estadounidense. I. Castagnet, Martín Felipe, trad. II. Título.

CDD 813

© 2017, Marisa Reichardt

Título en inglés: *Underwater*

© 2017, Editorial Del Nuevo Extremo S.A.

A. J. Carranza 1852 (C1414 COV) Buenos Aires Argentina

Tel / Fax (54 11) 4773-3228

e-mail: editorial@delnuevoextremo.com

www.delnuevoextremo.com

Imagen editorial: Marta Cánovas

Traducción: Martín Felipe Castagnet

Diseño de tapa: @WOLFCODE

Diagramación interior: ER

Correcciones: Lucas Ryan

Primera edición en formato digital: noviembre de 2017

ISBN 978-987-609-704-8

Digitalización: Proyecto451

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Capítulo 1

Me acabo de mudar. No de una ciudad a otra, sino de un extremo del sillón al otro. No me suelo sentar en esta parte, pero estoy tratando de escuchar qué dicen en el apartamento de al lado. Soy bastante rara con respecto a dónde me siento pero me gusta que las cosas queden a mi izquierda. Necesito saber qué hay de ese lado.

Las paredes de nuestro apartamento de dos habitaciones son delgadas y están pintadas con ese color blancuzco habitual de los alquilados, pero todavía no puedo escuchar qué es lo que dicen del otro lado. Solo puedo descifrar el tono de las voces.

Una es aguda.

La otra es grave.

Mujer.

Varón.

Entonces escucho pasos en el piso de linóleo y el ruido de la puerta mosquitero que se abre, seguido de los dos golpes rápidos una vez que vuelve a su lugar.

Alguien golpea mi puerta. Los nudillos martillean la madera endeble, y el eco resuena en el interior de mi apartamento.

Sí, puedo abrir la puerta. Pero no puedo cruzar el umbral. Esa es mi regla: nada me lastimará si no cruzo el umbral.

Aprieto el hombro contra la puerta y sujeto el picaporte.

—¿Quién es?

—Evan.

—No te conozco.

—¿En serio? —se ríe—. Me acabo de mudar al apartamento de al lado.

Espío por la mirilla. Ofrece una versión larga y distorsionada de quien está allí afuera. No es la mejor perspectiva, pero puedo asegurar que tiene las manos vacías. Bien.

Aunque sé que Evan eventualmente va a pasar de “nueva persona” a “vecino”, no estoy impaciente por comenzar con las presentaciones. Esta clase de actitud es exactamente la que garantizará, dentro de un mes, que Evan piense de mí como esa chica rara con el pelo rizado que nunca sale de su casa. Estoy segura de que es lo que el resto del edificio piensa. Todos se van cada día, y yo sigo aquí. Vuelven a casa, y yo sigo en el mismo lugar. Ahora mismo, Evan no sabe todo eso, así que probablemente deba abrirle la puerta aunque el mero pensamiento me hace sudar las manos. La abro un poquito. Apenas.

Guau.

Evan es lindo.

Y parece de mi edad.

La mirilla no le hacía justicia.

Se pasa la mano por el pelo. Es esponjoso y castaño con las puntas rubias por el sol. Está bronceado, empapado por el sol al igual que su pelo, y se le está pelando la nariz. Se acaba de mudar de la playa. Literalmente. Parece que tenía una choza en la arena. La manera en que huele me da ganas de quedarme cerca. Me recuerda las cosas que extraño. Respiro su aroma, disfrutando el perfume de la tierra, el océano y el humo de las fogatas.

—Um, ey —dice—. ¿Estás enferma o algo así?

Considero cerrarle la puerta en la cara. ¿Cómo puede decirme algo así tan rápido?

—¿Por qué? —pregunto. Puedo escuchar el tono brusco en mi voz, mi acento lárgate-de-aquí. Lo suficiente como para hacer que se enderece y dé la vuelta en sus ojotas.

—Perdón. Es que... es miércoles. ¿No deberías estar en el colegio? ¿Estás con reposo?

Claro que quiso decir eso, que estoy físicamente enferma, como con neumonía o diarrea explosiva. Y no mentalmente enferma.

—¿Por qué no estás *tú* en el colegio?

—Porque me estoy mudando hoy y empiezo mañana —lo dice como si fuera una obviedad—. No puedo hacer ambas cosas al mismo tiempo.

Me doy cuenta de que no estoy siendo la vecina más cordial para dar la bienvenida.

—Perdón —murmuro—. No soy buena hablando con desconocidos.

—¿El hecho de que viva en la casa de al lado me hace menos desconocido?

—No realmente.

—Ooooookey.

Se pasa una vez más la mano por el pelo, como si estuviera frustrado. Pero también está tratando de entender. Es la manera en que mamá me miraba el Día de Acción de Gracias, cuatro meses atrás, cuando le dije que ya no podía sacar la basura.

—¿Qué es lo que querías? —le pregunto.

Sacude la cabeza, y uno de sus rulos rubios cae sobre su ojo. Se tira el mechón detrás de la oreja.

—¿Es tu auto el que está atrás, el que está recubierto con el plástico? La patente dice 207. ¿Es tuyo, no?

—Ajá.

—Genial, porque mamá necesita que descargue las cajas del camión de mudanza. No quiero rayarte el auto. ¿Lo podrías mover?

De inmediato se me acelera el corazón. Lo escucho golpear mi pecho como lluvia contra el techo. Evan probablemente pueda escuchar la furia de mis latidos. Me seco las manos en el pijama de franela mientras busco excusas. Me siento como si quisiera agarrar manzanas de una rama muy, muy alta.

—No puedo. Estoy enferma. No puedo salir. No puedo mover el auto.

No puedo. No puedo. No puedo. Es mi mantra, ahora. Evan me mira. Las cejas arqueadas. Perplejo.

—Espera, antes te enojaste conmigo por asumir que estabas enferma. ¿Ahora es de verdad?

—Sip —respondí con una tosecita—. Muy enferma. Y es contagioso. No deberías acercarte demasiado.

Se echa atrás algunos centímetros. En el patio, la luz del sol rebota en la superficie de la piscina y se refleja en los pies de Evan, como si estuviera parado en un charco.

—¿No quieres mover el auto?

—No puedo.

—Pero como dije antes, está en el medio del camino.

—¿Y si lo mueves tú?

Sí, qué brillante. *Bien hecho, Morgan.* A medida que los meses pasan improviso cada vez mejor.

—¿Quieres que yo lo mueva? Hace cinco segundos me tratabas como un extraño. ¿Y si me lo robo y lo vendo en Craigslist?

—No lo harás. Espera que busco las llaves.

Cierro la puerta y las tomo del portallaves que mamá colgó en la cocina, después de muchas mañanas de búsqueda frenética. Cuando vuelvo a entreabrir la puerta pierdo el aliento una vez más, porque de verdad que Evan es más lindo de lo que debería.

Basta, Morgan.

Le extiendo las llaves, pero cuando mueve el brazo para agarrarlas mi cuerpo entra en alerta extrema.

Me sobresalto.

Se me caen las llaves.

Evan se inclina, con mucha calma, sin apartar los ojos de los míos, y su mano atraviesa el umbral para agarrarlas.

Me roza los pies descalzos con la punta de los dedos.

Mi cuerpo da un salto.

La respiración agitada.

Se endereza.

—Ey, ¿la piscina es climatizada? —pregunta—. ¿O se me va a congelar la cara si me tiro?

La piscina. Trato de ignorarlo: parece una burla. Pero en cuanto Evan lo menciona prácticamente puedo sentir el agua fresca a lo largo de mis dedos y mi espalda. Lo imagino sacándose la camiseta y zambulléndose. Después trato de desimaginarlo.

—Está tibia, pero es demasiado corta como para hacer largos. Y demasiado poco profunda como para dar un giro bajo el agua. Además deberías sacar las hojas vos mismo.

—Suenas como que sabes bastante de natación. ¿Estás en algún equipo?

—Ya no.

—Ah. ¿Por qué no?

—Porque no. Solo tráeme las llaves más tarde, ¿está bien? O tráeme el efectivo, si lo vendes.

—Voy a conseguir un buen precio —se ríe—. No me echo atrás con tanta facilidad.

Cierro la puerta. Espero que mi auto encienda. Mamá lo saca de vez en cuando para mantenerlo andando, pero es un auto antiguo. Ya me amenazó con venderlo. Dice que podríamos usar el dinero. Estoy segura de que no lo dice en serio. Para ella, vender mi auto sería admitir la derrota. Prefiere mantener las esperanzas.

Mamá espera que vuelva al colegio cuando sea tiempo de empezar la preparatoria.

Por ahora hago la secundaria de forma online. Ir a mi otro colegio se volvió demasiado difícil. No puedo controlar nada en el mundo real. Los autos doblan las esquinas demasiado rápido. Las puertas se cierran con ruido. La gente aparece de la nada. Es impredecible.

No me gusta lo impredecible.

Mi casa es lo suficientemente predecible. Hasta hoy, que me enteré que tenemos vecinos. Y hay un adolescente como yo en el apartamento de al lado. Bueno, no exactamente como yo, porque estoy segura de que Evan sí sale de su casa. Tiene la apariencia de alguien a quien le gusta surfear y ver bandas en antros repletos a los que se entra con contraseña por algún callejón. Alguien que usa los estacionamientos de los negocios abandonados para andar en skate o que baja corriendo por las colinas solo por la adrenalina. No como yo.

Porque tiene una vida.

Yo hago el colegio online y todos los días almuerzo una sopa de tomate y un sándwich de queso grillado.

Apoyo los ingredientes sobre la barra de fórmica, manchada con café, que separa la cocina de la sala. Los pongo en fila, como me enseñó papá: pan, manteca, queso y una plancha bien caliente.

Me gusta el crepitar de la manteca cuando la apoyo sobre la plancha. Es un buen recordatorio de lo rápido que cambian las cosas. Un segundo estás entero, al siguiente quedaste fundido.

Me gusta ponerle extra queso a mi sándwich para que chorree por los costados. Así lo puedo levantar y sorber lo que cae. También mojo el pan tostado en la sopa, y lo paso por el fondo del bol. Almuerzo en el sillón: atrás mío están las cortinas y adelante está el televisor. Soy una ermitaña. No tengo idea de si afuera está nublado o soleado, si hace frío o calor, a menos que le preste atención. Dentro de mi living nada cambia. Tengo la programación en la tele, la escuela online, el mismo almuerzo, y llamadas de mi madre a las diez de la mañana y a las dos de la tarde para saber cómo estoy.

Mi psicóloga me visita dos veces por semana.

Se llama Brenda.

Tiene un perfil duro pero ojos suaves.

Tiene tatuajes que le recorren los brazos hasta que se pierden bajo las mangas o el cuello de la remera.

Viene los martes y los jueves después del almuerzo.

A la una del mediodía.

Estará aquí mañana.

Nos sentaremos en el sillón y me hará apagar la tele.

Odio eso.

A veces Brenda me obliga a decir cosas que me hacen llorar. Pero generalmente hablar con ella me calma. También chequea mis remedios para asegurarse de que tenga las suficientes pastillas de emergencia. A veces las necesito. Para los días malos. Brenda no me las puede recetar porque no es esa clase de médica. Es psicóloga. Mi médico de cabecera fue quien me las recetó, después de hablar con Brenda.

Hoy me siento diferente porque Evan está en el apartamento de al lado.

Lo puedo escuchar martillar los clavos contra la pared. Puedo escuchar sus pasos en la escalera. También el ruido de la puerta mosquitero, que se abre y se cierra cada vez que entra y sale, cuando sube y baja las escaleras.

Evan está en el apartamento de al lado. Huele como el océano.

En eso pienso durante el resto del día. Es lo que escucho cuando tomo la sopa y miro las telenovelas.

Asumo que me va a traer las llaves cuando haya terminado de subir todo. Pero cuando las horas pasan y no regresa, pienso que tal vez sí vendió mi auto. O al menos lo movió a algún lugar lejano. Casi que sería un alivio.

Hasta que eventualmente golpean la puerta.

Pregunto quién es, como si alguien más pudiera venir sin aviso.

—Soy yo de nuevo. Te traje las llaves.

Enciendo la luz del porche porque el sol ya se ha puesto y quiero verlo mejor. Está más transpirado, pero el cabello todavía está esponjoso y los rulos le caen en la cara de una

forma que me hacen evitar verlo a los ojos. Me extiende las llaves del auto, con llavero de la secundaria Pacific Palms.

—Disculpa que haya tardado tanto, pero lo puse de vuelta en donde estaba. Ese Bel Air es un clásico. ¿Cómo conseguiste una joya así?

—Era de mi abuelo.

No sé nada de autos. Solo conozco cosas de este Bel Air color rojo matador, porque mi abuelo me las contó un millón de veces hasta que me las aprendí de memoria.

—¿De qué año es?

—Del cincuenta y siete.

—Tu abuelo debió haber sido un tipo con mucha onda.

—Lo era.

Le sonrío y cierro la puerta.

Evan golpea de nuevo. Golpea fuerte y varias veces. Vuelvo a abrir la puerta porque no puedo evitarlo. Hay algo que me acerca al umbral, puedo sentirlo. Tengo un cosquilleo en el dedo gordo del pie. Miro hacia abajo y descubro que tengo un pie prácticamente afuera del apartamento.

Nos miramos, inmóviles.

—¿Por qué cerraste la puerta así? —me pregunta.

Por suerte, mi hermanito entra corriendo al patio. Tiene los brazos extendidos, como un avión. Con la boca hace el ruido del motor, y escupe saliva al cielo. Mamá aparece detrás de él con su gastado uniforme de hospital. Su cabello está enmarañado y descuidado, y en el hombro carga la mochila de superhéroe de mi hermanito. No es enfermera. Se encarga de la parte asquerosa. De lunes a viernes baldea la sangre y el vómito de los pasillos del hospital. Y algunas noches, como hoy, llega con una pizza de Penzoni contra la cadera mientras lucha por sacar el montón de facturas del buzón.

Mi hermano sube de a dos escalones por vez. Se detiene cerca de Evan. Deja caer los brazos, hace un ruido de

succión (zzzzzip) y lo observa con las sospechas de un niño de jardín de infantes.

—¿Quién eres?

—Soy Evan.

—¿Evan qué?

Evan se ríe.

—Eh, Evan Kokua.

Lo saluda con una especie de apretón de manos secreto, que termina chocando puños con Ben de una manera que hace que mi hermano se destornille de risa.

—¿Eres un superhéroe?

La sonrisa de Evan ilumina la descolorida galería que pasa por mi puerta; luego se agacha para mirarlo a los ojos.

—Si lo soy, nunca lo voy a admitir.

—¡Increíble!

Ben se abre paso al interior de la casa. Casi me tira hacia adelante, pero me las arreglo para permanecer adentro.

Mamá sube las escaleras, me alcanza la caja con la pizza y mira a Evan.

—La mitad es de queso, la otra mitad de pepperoni. Sé que no es muy original, pero estás invitado, Superman.

Se pone de costado como para entrar al apartamento.

Evan se mueve hacia adelante, listo para entrar a nuestra pequeña casa, pero al verme se detiene a mitad de camino. Mis ojos debían estar saliéndose de las cuencas, porque vuelve a su lugar, los dos pies contra el felpudo de entrada.

—Nah, mejor no. Tengo que clavar una biblioteca contra la pared. Terremotos.

Se alza de hombros. Nosotras también.

Los terremotos de California. Siempre estamos esperándolos. Todos esperando que ocurran cosas que quizás nunca lleguen; cosas que, si llegan a ocurrir, quizás no sean tan malas como las que ya pasaron.

—Me llamo Carol —dice mamá, y extiende el brazo. Se estrechan la mano, y él sonríe.

—Encantado de conocerte, Carol. Yo soy Evan. Me mudé con mi mamá, venimos de Hawaii. Ya la vas a conocer, estoy seguro.

Mamá estira sus brazos y golpea por accidente el helecho moribundo, lo suficientemente fuerte como para que la maceta colgante oscile bajo la luz del porche.

—Bienvenido a la Mansión Paraíso, Evan. ¿No es espléndida?

—Sin duda —digo—. Apuesto a que no imaginabas que el paraíso tenía vista al contenedor de basura y sin aire acondicionado.

Evan se ríe con una risa auténtica que sacude algo suelto en mi interior. Me gustan las risas auténticas tanto como el sol tibio en mi cara, pero no he escuchado ni sentido nada de eso en mucho tiempo.

—Bueno, buenas noches entonces —dice mamá mientras entra al apartamento—. Vas a tener que venir a comer pizza más adelante. ¿O no, Morgan?

No es una pregunta, es una esperanza. Es un pedido para apurarme y tener una vida de nuevo.

—Em, claro —digo, jugueteando con el elástico de mi pijama diurno. Me quedo de pie junto a la puerta, mirándolo—. Perdón, mi mamá me avergüenza.

—Nada que ver. Solo dice las cosas como son. Sabemos dónde estamos. Sabemos que vivimos dentro de la letra de una pésima canción de country.

Evan simula que toca una guitarra invisible.

Algo en él me hace querer ser valiente, así que me acomodo una imaginaria correa de guitarra y toco las supuestas cuerdas a la altura de mi cintura.

—Ella vive en un edificio venido abajo / en las afueras del vecindario —canto imitando la tonada de una cantante country.

—Nada mal —asiente, mientras comienza a alejarse—. Para nada mal. Voy a tener que componer música para acompañarlo. Una vez que aprenda a tocar la guitarra.

La idea de hacer música juntos es tan ridícula que me hace reír.

Evan me sonríe.

—Tienes una buena risa. Como que cuando te ríes, realmente va en serio. Mi primo era así.

El elogio me descoloca, y me lo tengo que repetir en mi cabeza para asegurarme de que lo escuché bien.

—Bueno, tu primo debió haber sido alguien muy cool.

Evan sonríe desganado y después alza los hombros.

—Sí, creo que te hubiera caído bien. Bueno, espero que te sientas mejor. Mi mamá jura que la sopa ayuda. ¿Eres de tomar sopa?

Me vuelvo a reír.

—¿Qué?

—Eso fue gracioso de una manera que ni siquiera te imaginas.

—Okey, bueno, me alegra que te haya podido hacer reír. De nuevo.

—Yo también.

Sigo riéndome mientras me despido y cierro la puerta. Es un sonido que hace eco en mi interior y en mi exterior, y que hace que mamá se detenga sobre sus pasos cuando me giro a verla. Permanece quieta en el medio de la cocina y me mira, una sonrisa cruzándole los labios. Es un segundo. Aparece y se va. Después saca una porción de pizza de la caja y la deja caer en el plato de mi hermano.

—¿Comes?

Asiento con la cabeza y me ubico en el taburete contra la barra de la cocina. Mamá y Ben se sientan a mi izquierda, porque conocen el procedimiento.

—Evan se veía bien. ¿Charlaron mucho? —pregunta mamá mientras busca una porción.

—Lo suficiente.

—No sé si fue suficiente para él. Quería quedarse a comer.

—Debería haberse quedado —dice Ben—. Es cool.

—Sí, demasiado cool, me parece —agarro una porción y giro en dirección a mi hermano—. ¿Con quién jugaste hoy en la escuela? Cuéntame todo.

Ben me cuenta una historia sobre el recreo, sobre cómo jugaron a la granja y que mientras todos los chicos eran animales a él le tocó ser granjero.

—Es la mejor parte porque ahí tienes que jugar a alimentar a todos los chicos —se ríe, y sacude la cabeza como para intentar borrar el error—. Quiero decir, a todos los animales.

Sigue hablando, tartamudeando por el entusiasmo. Escucho el sonido de su voz. Incluso cuando tiene la boca cubierta con salsa de tomate y huele a transpiración y a tierra, lo abrazo y le doy un beso en el pelo.

—Te amo. ¿Lo sabías, no?

—Sí, sí —dice, con la boca llena—. Yo también.

Capítulo 2

Mis pastillas de emergencia están en un frasco color ámbar en el segundo estante del botiquín. Las miro cada mañana y espero que no sea el día en que tenga que tomar una. Pero saber que están allí me hace sentir mejor. Hace dos meses que no necesito una pastilla de emergencia. Desde el día de San Valentín. Ese fue un mal día porque llamó papá. Me negué a atender el teléfono, incluso aunque él pidió hablar conmigo. Fue la última vez que intentó. Pero sí habló con mamá, que terminó enojada. También habló con Ben, que quedó confundido. Ben le preguntó cuándo iba a venir a casa, porque hacía más de un año que lo había visto por última vez. Desde que papá regresó de su quinta y última misión en Afganistán. Desde que mi mamá pidió el divorcio y la tenencia completa. Una vez que Ben se fue a otra habitación adonde no podía escucharla, mamá le dijo a papá que ni se le ocurriera venir a la Mansión Paraíso.

Así que papá no vino.

Y probablemente nunca lo haga.

Después de que mamá y Ben se fueron al trabajo y a la escuela, tomé el frasco con pastillas. Pasé el dedo por la etiqueta, donde dice que Morgan Grant tome una pastilla según sea necesario.

Hoy no.

Lo pongo en el estante de regreso.

Cierro la puerta.

Escucho a Evan salir de su apartamento mientras estoy en mi cuarto, poniéndome un pijama limpio; no tiene sentido vestirme con ropa de verdad cuando nunca dejo la

casa. *Slap slap* hace la puerta mosquitero, y *boom boom* sus pisadas en la escalera. Abro las cortinas y lo observo irse.

Es la primera semana de abril, pero para Evan es el primer día de colegio. Todo será nuevo, pero mucho será lo mismo. Porque sigue siendo colegio. Y el colegio no cambia mucho, sea en un lugar o en otro. Evan va a estudiar en un aula. Se va a sentar en un pupitre frente a un pizarrón. Un profesor se va a parar junto al pizarrón y le va a decir cosas aparentemente inteligentes. Evan las va a anotar en un cuaderno con garabatos en la portada. Les va a caer bien a las chicas, estoy segura. Las chicas lindas lo van a reclamar durante la hora del almuerzo para que se siente con ellas y las vea comer manzanas y tomar Coca Diet. Sé todo esto porque yo solía ser una de esas chicas.

Pienso en esas cosas.

Miro una telenovela.

Almuerzo un sándwich de queso grillado y una sopa de tomate.

Hago dos lecciones completas.

Estudio el teorema de Olle.

Mando por mail un análisis de los colores en *El gran Gatsby* a mi profesor de Literatura.

Espero a Brenda.

Espero a que sea la una del mediodía.

Al mediodía, sé que Brenda está por llegar. Lo sé porque siento un cosquilleo en las venas. Sé que está por llegar y tengo que abrir la puerta para dejarla entrar.

Tengo que hablarle. Tengo que contarle.

Quizás una ducha ayude.

Meto la cabeza en el agua caliente y dejo que me empape hasta el cráneo. El pelo se me pega a las orejas, y no puedo escuchar los ruidos de afuera. Me gusta estar bajo

el agua porque solo estoy yo. Los ruidos y el resto del mundo quedan muy lejos.

He pasado mucho tiempo bajo el agua porque era parte del equipo de natación de mi secundaria. Nadaba cada día de la semana, incluso fuera de temporada, desde las tres de la tarde hasta las cuatro y media, en los andariveles de veinticinco metros de la piscina de la secundaria. Nadaba con las mismas tres amigas que había conocido en las inferiores, cuando tenía once años y mi papá fue enviado a una base cerca de Pacific Palms.

Mi mamá acababa de quedar embarazada de Ben, así que esperábamos que el traslado de papá significara que permanecería en casa durante un tiempo. Pero apenas nos instalamos fue convocado a su tercera misión en Afganistán. Así que regresó al combate y mamá y yo nos propusimos sacar lo mejor de Pacific Palms.

Me hice muy cercana a mis compañeras de equipo, y para cuando entramos en la secundaria éramos un cuarteto inseparable. Chelsea era hermosa y brillante con ese rubio del sur de California que hacía que los chicos tartamudearan en su presencia. Brianna nadaba los cincuenta metros de *estilo libre* más rápido que cualquier otra chica en la historia de nuestro colegio. Y mi mejor amiga, Sage, era demasiado inteligente para su edad, preparada a la perfección para los modelos de Naciones Unidas y hablando de cosas que otros chicos de dieciséis años ni siquiera sabían que existían.

Yo era un poquito de todo eso. Pero después del 15 de octubre, después de ese día, la secundaria de Pacific Palms cerró sus puertas. Mis amigas y yo nos repartimos por diferentes colegios mientras los albañiles se ocupaban de cambiar las partes del colegio que nos perseguirían por siempre. La administración separó a los estudiantes en base a limitaciones barriales que inventaron en el momento. Las cuatro no vivíamos lo suficientemente cerca como para ir al mismo lugar, así que nos fuimos alejando a medida que las cosas seguían cambiando.

Brianna se puso de novia.

Yo empecé la secundaria online.

Chelsea dejó de llamar.

Y Sage se mudó antes de empezar lo que supuestamente iba a ser su nuevo colegio.

En nuestro viejo colegio, en cambio, imaginaba las brillantes banderas azules del campeonato todavía colgando del enrejado de la piscina al aire libre. No sabía si seguían allí, pero quería que así fuera. Porque mi nombre estaba en una de ellas. Tenía un récord. Era nadadora de larga distancia. Era alguien que podía seguir y seguir por siempre, parejo y constante, y luego hacer un último esfuerzo para alcanzar la victoria.

Ahora mi vida entera es una carrera. Cada minuto lleva al siguiente. Cada día entremezclándose con otro. Es como cruzar la línea de meta eternamente. Es como pasar lento una canción rápida.

Chelsea y Brianna no entienden eso. Lo intentaron. Vinieron a visitarme, pero terminamos sentadas mirando la tele.

—Ven a la fiesta con nosotras —decía Brianna—. Habrá un montón de chicos lindos.

—Un montón —repetía Chelsea.

Yo me hacía una bolita en el sillón, los pies con pantuflas debajo de mí. “Ahora mismo no me interesan ni los chicos lindos ni las fiestas. Pero no dejen que les impida disfrutarlo”.

—No es lo mismo sin ti —lloriqueaba Chelsea.

Sage me llamaba desde su casa nueva los fines de semana. La mayoría de las veces sonaba distante y triste y en busca de soluciones.

—¿Entonces dejaste el colegio? —preguntaba—. ¿Es más fácil así?

—Un poco —respondía yo.

—¿Sí?

—Sí.

Brenda golpea mi puerta a las 12:57 del mediodía. Quiero esos tres minutos que faltan para mí. Pero ya está aquí. Respiro hondo. Largo el aire lentamente. Y abro la puerta. Brenda sonríe, y puedo ver el hueco entre ambas paletas que la hace parecer una chiquita. S e cuántos años tiene porque una vez se lo pregunt e.

—Si eso importa, tengo veintinueve —dijo—.  Pero por qué quieres saberlo?

—Solo quería ver si me lo dirías.

Hoy una rasta púrpura le cae en la cara, y ella se la echa atrás junto a las rastas que lleva atadas con una colita extra grande. Cuando lo hace puedo ver el arito de bucles plateados que le cuelga del lóbulo. Y el signo de la paz tatuado detrás de la oreja. Abro la puerta por entero, y ella entra.

Se sienta. A mi izquierda, porque sabe. Saca un cuaderno y una lapicera. Tiene páginas y páginas escritas sobre mí. Estoy segura de que regresa a su consultorio después de verme y tipea todas las notas en su computadora. No me lo dijo. Solo lo s e. Sería estúpida si no lo supiera. Todo el mundo guarda todo en computadoras.

Me saca el control remoto de la mano y apaga el televisor.

Nos quedamos mirándonos. Empezamos.

—Entonces.  C mo han sido estos días?

Le cuento sobre las cosas triviales que pasaron ayer y hoy. Sopa. Telenovelas. Tareas escolares. Y después le cuento sobre Evan.

— Un chico?  De tu edad? —Está intrigada. Me puedo dar cuenta por cómo golpea la lapicera contra el anotador—. Cuéntame sobre él.

—Es alto. Y veraniego.

— Veraniego?  Qu  significa eso para ti?

Su voz es apacible, como si estuviera acariciando a un gato.

Entonces le cuento sobre la arena suave y el agua encrespada del océano. Del cielo azul brillante moteado con gaviotas y aeroplanos. De ese mismo cielo poniéndose oscuro y manchado con la luna y las estrellas. Le cuento del humo de las fogatas y de las tablas de surf. De musculosas y pantaloncitos cortos. De bicicletas playeras y conos helados. De bikinis y marcas de bronceado. De fiestas y promesas. De cerveza fría y besos tibios.

Le cuento de todas las cosas que solía hacer antes de esto. No es la primera vez que lo hago, pero hoy parece estar escuchando con extra atención. Creo que es porque sueno nostálgica.

—¿Extrañas eso? —me pregunta.

Y me largo a llorar.

Me alcanza un pañuelito descartable, y me hago una pelota en el sillón.

—Extrañar el verano es bueno —dice—. Llegará antes de que te des cuenta. Podrías irte preparando. Podrías volver a disfrutarlo.

Después de que Brenda se va me siento un poco mejor. No odio pensar en el verano. Pero cuando lo hago pienso demasiado en las otras cosas. Me acurruco en posición fetal, las rodillas contra el pecho, esperando a que pasen los recuerdos.

Una hora más tarde golpean la puerta. Todavía estoy acurrucada, pero ya no estoy llorando. Mi nariz está llena de mocos, y me aclaro la garganta. Tengo los párpados hinchados y me laten las sienes. Quiero estar sola. Me quedo muy quieta y espero que quien sea que esté golpeando la puerta se vaya. Pero no. Quiere que sepa que está ahí.

—¿Quién es? —pregunto sin abrir la puerta.

—Superman.